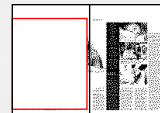


NIÑOS BLANDITOS

En su afán por proteger a sus hijos de un mundo hostil, muchos padres logran lo contrario: críos narcisistas y flojos, incapaces de superar el menor obstáculo. Saben esquiar y aprenden chino, pero no pueden atarse los cordones ni se hacen la cama



La sobreprotección viene de Estados Unidos. Allí surgieron los padres-helicóptero, que sobrevuelan las vidas de sus hijos. Ya han cruzado el 'charco'



INÉS
GALLASTEGUI

Hace unas semanas se difundió la historia de Saglana Salchak, una niña siberiana de 4 años que se inter-
no de noche en un bosque habitado por lobos en busca de ayuda para su abuela enferma. Después de hablarlo con su abuelo, ciego, la pequeña caminó 8 kilómetros a 30 grados bajo cero antes de alcanzar la casa del vecino más próximo. Para cuando llegó auxilio, la anciana había muerto y la 'ca-perucita rusa' era famosa. La aventura de Saglana hizo que más de un padre contemplara a sus hijos con otros ojos. En nuestro entorno, muchos críos de esa edad desayunan biberón, son transportados en sillitas para bebés y llevan pañal para dormir. A lo mejor

tocan el violín y aprenden chino, pero no saben decir 'por favor' ni 'gracias'. Para ellos, los bosques con lobos forman parte de los cuentos. Cuentos que, probablemente, sus padres nunca les leerán, para no provocarles pesadillas. En su afán por protegerlos de un mundo peligroso y cegados por el amor -y el miedo-, muchos adultos han hecho de sus vastagos pequeños inútiles, personitas débiles, flojas, incapaces de sufrir una contrariedad sin derrumbarse. Como muñecos de peluche. Son los niños blanditos.

«En miles de hogares contemporáneos, los hijos se han convertido en el centro de la familia, en el astro rey alrededor del cual orbitan los progenitores», explica la periodista Eva Millet en su libro 'Hiperpaternidad' (ed. Platafor-



8 kilómetros caminó la niña Saglana Salchak en busca de ayuda para su abuela enferma. De noche y a -30°. Ocurrió en marzo en Siberia.

ma, 2015). Porque el cascarón no se rompe a los 4 años. Un poco más mayorcitos, muchos son incapaces de orientarse en la calle, hacen los deberes con sus padres -cuando no observan cómo los mayores los terminan por ellos-, tienen una rabieta si no consiguen lo que quieren o no saben atarse los cordones de los zapatos. Siempre hay alguien ahí para satisfacer sus necesidades y deseos.

En inglés 'spoil' significa 'mimar', y también 'estropear'. De modo que los anglosajones saben muy bien que los niños mimados se echan a perder. Pero la hiperpaternidad es un fenómeno típicamente norteamericano que, como tantas otras cosas, ha acabado saltando el 'charco'. A principios del siglo XXI, los responsables de las universidades de Esta-

dos Unidos empezaron a ver que las nuevas hornadas de jóvenes realizaban este rito de paso -viajar desde su ciudad e instalarse en el campus para estrenar la mayoría de edad- acompañados de sus papis: estos les ayudaban con la mudanza, les solucionaban el mínimo contratiempo y hasta se empeñaban en hablar con profesores y compañeros para explicarles cómo tratar a su príncipe o su princesa. «Esto está empezando a pasar en las universidades españolas», subraya la autora del blog www.educa2.info.

Un ejemplo ilustrativo. En su libro relata la anécdota de una joven norteamericana que, durante una estancia de estudios en Barcelona, se quedó encerrada en un ascensor. En vez de pulsar el botón de alarma o llamar





Eva Millet
Periodista y bloguera

«Los hijos son el astro rey alrededor del cual orbitan los padres»

Silvia Álava
Psicóloga

«No toleran la frustración. Les cuesta decidir y responsabilizarse de sus actos»

Gregorio Luri
Profesor y pedagogo

«La infancia es un concepto nuevo. Antes se ayudaba desde muy pequeños»

María García Amilburu
Antropóloga de la Educación

«Sobreproteger no prepara para el sufrimiento. Y en la vida hay sufrimiento»

¿ES USTED UN HIPERPADRE O UNA HIPERMADRE?

Eva Millet propone un cuestionario para averiguarlo.

Si responde 'sí' a varias de estas preguntas... ¿Su agenda familiar la marcan las actividades de sus hijos? ¿Tenía ya un plan trazado para sus vidas antes de que nacieran? ¿Les hace fotos y las cuelga en las redes sociales? ¿Sufren miedos a menudo? ¿Se aburren con frecuencia? ¿Necesitan su compañía para dormir? ¿Al recogerlos del cole, carga siempre con su mochila? ¿Habla en primera persona del plural cuando se refiere a ellos ('Tenemos un examen')? ¿Llama a sus hijos o le llaman ellos varias veces al día?

Y responde 'no' a estas... ¿Sus hijos colaboran regularmente en las tareas del hogar? ¿Comen de todo? ¿Sus hijos de más de 12 años saben hacerse solos la comida? ¿Acepta con deportividad que el equipo de sus hijos pierda? ¿Les dice 'no' a sus hijos como mínimo una vez al día?

Sí, es usted un 'hiperpadre'.



Bebés mayores. Usar chupete con más de 2 años, caminar por la calle de la mano de los padres o no saber atarse los cordones pueden ser síntomas de superprotección. :: R. C.



▶ a la empresa del elevador, pidió socorro con el móvil –ese cordón umbilical moderno– a su mamá. Desde Florida, ella envió al técnico.

Niños en el centro

Las causas de este 'niñocentrismo' son complejas. Los expertos apuntan en primer lugar a motivos demográficos y sociológicos. Eva Millet resalta que, cuando ella era pequeña, las expectativas de los padres sobre los hijos eran más bien modestas: había que rendir en la escuela y saber comportarse para llegar a ser una persona decente. «No éramos el centro de sus vidas», recuerda. Ahora las familias son más pequeñas y los padres tienen más dinero y más atención que dedicar a cada hijo. Además, llegan más tarde a

la paternidad y eso hace que importen a su estilo de crianza ciertos hábitos profesionales, como si la infancia fuese algo que hay que gestionar. En las clases medias y altas, los retoños son un símbolo más de estatus y hay una gran competencia para proporcionarles lo mejor en todos los ámbitos: la guardería es un campo de entrenamiento para la universidad –en Estados Unidos existen talleres de estimulación para convertir a los bebés en 'carne de Harvard'–, hay que darles «experiencias mágicas» –Disneyland ya es poco: hay cumpleaños con 'beauty party' o con limusina para crias de 10 años– y apuntarles a mil extraescolares para descubrir sus talentos ocultos.

La psicóloga Silvia Álava opina que los padres de hoy están más

ocupados y el poco tiempo que pasan con su descendencia quieren dedicarlo a «hacerles felices». O bien están demasiado cansados para decir 'no' –la palabra mágica de la educación– y resistir la reacción de sus pequeños, o para esperar a que aprendan a hacer las cosas por sí mismos.

María García Amilburu, profesora de Filosofía de la Educación en la UNED, recuerda que antes los niños «tenían un padre y una madre. Ahora muchos a lo largo de su vida tienen dos madres y tres padres». El chantaje ocurre: nadie quiere ser el que imponga normas y límites y convertirse en el 'mal' de la película.

También hay cierta reacción a la educación autoritaria de su propia niñez. «No le puedes preguntar a un crío de 3 años qué quiere

cenar, a qué cole prefiere ir o qué ropa se quiere poner. La familia no es una democracia. Ha de haber una jerarquía, unas normas, para que la convivencia sea agradable», subraya Millet.

¿Cómo son los niños sometidos a ese cóctel de superprotección y permisividad? Álava, autora del ensayo 'Queremos hijos felices' (ed. JdeJ, 2014), enumera los rasgos típicos: «Desarrollan menos competencias emocionales y tienen más dificultades para resolver conflictos, porque ya lo hacen sus padres. Hacen amigos, pero les cuesta fidelizarlos, porque no están acostumbrados a ceder». Carecen de tolerancia a la frustración: si un pequeño no es capaz de posponer el momento de comerse un caramelo, se escaquea de la ducha porque está jugando o deja una tarea difícil a la primera –y se le permite–, nunca aprenderá a enfrentarse a los inevitables contratiempos de la existencia.

A muchos les han repetido desde la cuna que son 'especiales' y se vuelven tremendamente narcisistas, pero, en realidad, tienen menos autoestima y confianza en sí mismos que los chavales que han tenido libertad para aprender de sus errores. «El mensaje que hay detrás de 'papá y mamá lo arreglan todo' es 'tú no sabes hacer nada' –recuerda la psicóloga–. Son menos autónomos, más dependientes y manipulables; les cuesta hacerse responsables de sus actos y tomar decisiones. Incluso hay estudios que indican que son más propensos a ser víctimas de acoso escolar».

Sin dioses proveedores

«La sobreprotección no prepara a los niños para aceptar, asumir y superar el sufrimiento físico y moral, que es algo que les va a ocurrir seguro», resalta García Amilburu. La experta pone como ejemplo los deberes escolares, que encuentran una oposición férrea por parte de muchos alumnos y –lo que es más curioso– de sus familias. « Toda esa cultura del 'éxito fácil' y el 'dinero fácil' es peligrosa. Lo bueno cuesta esfuerzo. No se trata de machacar a los niños porque sí, de ponerles las cosas complicadas. Es que la vida es así», recuerda.

No es raro que estos chicos lleguen a la adolescencia hechos un lío. Son más propensos a la depresión y a los trastornos de ansiedad. «Los padres eran sus dioses proveedores y de pronto tienen que enfrentarse a la vida sin estrategias ni recursos», destaca Álava. «Sobreproteger es despreteger», apostilla Millet.

El juez de menores Emilio Calatayud, coautor de 'Mis sentencias ejemplares' (ed. Esfera de los Libros, 2008), ve todos los días a adolescentes que se ▶



Modelos de padres superprotectores

PADRES HELICÓPTERO

La primera señal de alarma, en Estados Unidos en 1969

«Mi madre me sobrevuela como un helicóptero». Esta queja de un adolescente recogida por el psicólogo israelí-estadounidense Haim Ginott en 1969 es la primera referencia a este tipo de progenitores, pero el término se acuñó en los noventa y se volvió muy popular a partir de 2000, cuando a los campus de las universidades de Estados Unidos empezaron a llegar chicos cuyos padres les despertaban cada mañana con una llamada telefónica para que llegaran a tiempo a clase o reclamaban sus malas notas ante los profesores. Su rotor no se detiene cuando los hijos son jóvenes adultos: van a las entrevistas de admisión en escuelas de posgrado y, una vez que sus hijos entran en el mercado laboral, negocian en su nombre salarios y otras condiciones de trabajo.

TIGRESAS ASIÁTICAS

La estrategia oriental para lograr el éxito académico

La autora norteamericana de origen chino Amy Chua se dio a conocer con su libro 'Madres tigres, hijos leones', en el que ensalza la disciplina y exigencia de la educación oriental en busca del éxito académico y la excelencia profesional, por contraposición a la 'blandengue' crianza occidental. Las hijas de esta profesora de Derecho en Yale, Sophia y Lulu, practicaban con el piano y el violín varias horas al día, no podían jugar ni quedar con amigas y debían sacar sobresaliente en todo. La mujer no dudaba en llamarlas «basura» -como su padre chino hizo con ella- y tiraba a la papelera sus felicitaciones de cumpleaños si estaban mal hechas... aunque tuvieran 4 años. Es una variante del helicóptero: nada escapa al control de una estricta madre china.

CRIANDO AL FUTURO RONALDO

Mamás chófer y papás mánager, a su servicio

Eva Millet, que en su libro 'Hiperpaternidad' realiza una taxonomía de los padres y madres superprotectores, describe además a los padres-guardaespalda -«Mi hijo no se toca»-, a las madres-chófer -que dedican buena parte de sus vidas a llevar y traer a sus hijos a sus múltiples actividades extraescolares- y a los progenitores-mánager. Las recientes noticias de peleas multitudinarias en categorías infantiles de fútbol son un buen ejemplo de estos últimos: no solo destruyen los valores esenciales del deporte con su obsesión por que sus 'cracks' en ciernes ganen partidos, sino que están dispuestos a pegarse con entrenadores, árbitros y jugadores rivales por la carrera deportiva de sus hijos, que son los futuros Messis y Ronaldos de este país... o no.

A VUELTAS CON LA MERIENDA

Un ejemplo muy español: el padre con bocadillo

Frente a las versiones más agresivas de padres superprotectores, hay adultos que se convierten en una especie de serviles lacayos de su descendencia. Millet destaca a los españolísimos padres-bocadillo, muy fáciles de identificar a simple vista: «Son esos que persiguen toda la tarde al crío por el parque con la merienda en la mano, no vaya a ser que el pequeño muera de inanición», ironiza la autora. Otros podrían ser considerados padres-agenda, asistente personal o mayordomo: realizan todas las tareas de sus retoños, desde los deberes y trabajos escolares hasta llevar la mochila del cole. Por supuesto, sus pequeños están exonerados de hacerse la cama, poner la mesa o fregar los platos: tienen cosas más 'importantes' que hacer.

CRIANZA DE APEGO

Una feroz competencia por volver a lo 'natural'

La llamada 'crianza de apego' es otra forma de hipermaternidad. Aboga por el parto respetado, la lactancia a demanda durante un largo periodo de tiempo, el colecho -dormir todos juntos- y el porteo. O sea, mamás a tiempo completo. Se critica a esta moda que, aunque defiende la vuelta a 'lo natural', persigue implícitamente bebés competitivos -más sanos, felices e inteligentes que los demás- y ejerce una tremenda presión sobre las madres, hasta el punto de que algunas se frustran porque dan a luz por cesárea o no pueden amamantarlas hasta los 4 años. Sin olvidar el conservadurismo subyacente: bajo su apariencia 'alternativa', es una sutil forma de que las mujeres abandonen los territorios conquistados en la sociedad y vuelvan al hogar.

malogran porque nadie nunca les había parado los pies. Muchos de ellos, chavales de 'familias bien' que han convertido a los autores de sus días en esclavos. «Los padres van tapando sus travesuras hasta que dejan de ser travesuras y se convierten en delitos -afirma el magistrado-. Muchas veces no son conscientes del daño que hacen porque nunca les han hecho ver que sus actos tienen consecuencias».

En sus conferencias ante padres atribulados, el pedagogo Gregorio Luri, autor de 'Mejor educados' (ed. Ariel, 2014), siempre rompe el hielo con una pregunta: «¿Se consideran ustedes peores padres que los Simpson?». El auditorio se ríe y se relaja: todos, sin excepción, se consideran mejores que el borrachín y desastroso Homer. Pero la familia amarilla, destaca, tiene dos enormes virtudes: una, su amor incombustible; y dos, que cada capítulo comienza de cero, «sin llevar a rastras el memorial de daños que se han hecho unos a otros. Hay que aprender a perdonarse». Al fin y al cabo, los niños no son solo suyos; son hijos del mundo en el que viven.

A su juicio, la sobreprotección es fruto de la inseguridad con la que muchos adultos viven la paternidad. «Tienen una voz interior que les lleva a interrogarse por todo lo que hacen: si castigan, la voz les dice que tenían que haber sido más dialogantes; y si no castigan, les reprocha por ser demasiado blandos», lamenta Luri. En su opinión, los niños tienen derecho a unos padres relajados. Y estos, a ser imperfectos.

«Yo tuve la suerte de crecer en una familia pobre en un pueblo de Navarra donde los chavales, en cuanto tenían uso de razón, tenían que salir al campo a ayudar.



Omnipresente. Amy Chua supervisa la práctica del violín de su hija Lulu. :: AP

Teníamos una gran autonomía de movimientos. Mis nietos hoy no tienen el más mínimo ámbito en el que vivir sin la supervisión de sus padres», subraya el maestro. No es culpa de nadie; simplemente, las cosas han cambiado.

'La Peor Madre del Mundo'

A veces, la teoría nos convence pero no nos atrevemos a ponerla en práctica. La periodista neoyorquina Lenore Skenazy vivió en sus carnes esa contradicción: le dio a su hijo de 9 años 20 dólares y un mapa del metro y le dejó volver solo a su apartamento de Queens desde la otra punta de la ciudad. Después lo contó en su columna. En los medios y las redes sociales se armó una bronca monumental: la escritora fue declarada 'La Peor Madre del Mundo'. En respuesta, ella fundó un movimiento, Free Range Kids, para «luchar contra la creencia de que nuestros hijos están en constante peligro a causa de la gente rara, el secuestro, los gérmenes, los exhibicionistas, la frustración, el fracaso, los ladrones de niños, los bichos, los matones, los hombres, las noches en casa de amigos o la fruta no orgánica». Por cierto, Izzy llegó a casa sano y salvo y abrazó a su madre. Estaba feliz con su juguete recién estrenado: la independencia.

EN CIFRAS

Familias pequeñas

La reducción del tamaño de las familias es, según los expertos, una de las causas de que en nuestra sociedad se esté imponiendo un estilo educativo excesivamente protector con los ni-

ños. Los progenitores, que llegan a la paternidad más tarde y mejor preparados, tienen más tiempo y recursos económicos para dedicar a cada vástago. Muchos depositan en ellos altas expectativas y se esfuerzan por prepararlos para un mundo competitivo. A veces logran justo lo contrario.

1,3

hijos por mujer es el índice de fecundidad actual en España, por debajo del 2,1 de reemplazo de la población. Una de las causas es que se ha retrasado la edad media a la que las mujeres se convierten en madres por primera vez (32 años).

Más hijos únicos

En 1970, el 35% de los hogares estaban formados por cinco o más miembros. En 2000, el porcentaje se había reducido al 13%. La familia típica actual es una pareja con uno o dos hijos. Según un estudio de la Fundación La Caixa, tres de cada diez niños españoles son hijos únicos.



Los compañeros de Samuel empujan su silla en el documental 'Camino a la escuela'. :: FOTOS: R. C.



Nasrine y Nujeen Mustafá, en su huida de Alepo a Colonia.

El caso de la 'caperucita' siberiana, que con 4 años cruzó un bosque helado en medio de la noche para ayudar a su abuela, o el de Nujeen Mustafá, la adolescente siria discapacitada que atravesó media Europa en silla de ruedas huyendo del horror de su país, nos hacen preguntarnos, en nuestros cómodos sillones de Occidente, si la pobreza y la guerra son necesarias para educar hijos fuertes, resistentes a las adversidades, capaces de enfrentarse a los obstáculos del mundo con una determinación que jamás tendrán nuestros hijos. «No –zanja al instante el pedagogo Gregorio Luri–. La pobreza no tiene ningún glamur».

«La infancia es un concepto culturalmente muy nuevo», recuerda Luri. La idea de que los cachorros humanos deben vivir entre algodones, protegidos de la realidad en una burbuja de fantasía, es de antaño. En la España de hace unas décadas los crios tenían que ayudar a sostener a sus familias desde que eran capaces de hacerlo. Hoy sigue siendo así en la mayor parte del mundo y, si esos niños tienen la suerte de estudiar, son conscientes de que esforzarse en la escuela es su mejor vía de escape del entorno hostil en el que les ha tocado vivir. El documental 'Camino a la es-

La adversidad como maestra

No es necesario pasar hambre o vivir la guerra para aprender el valor del esfuerzo. «Muchos padres creen que todo se soluciona con dinero»



La marroquí Zahira camina 22 kilómetros hacia el internado.

cuela', de Pascal Plisson, muestra a cuatro niños a los que sus padres no conducen en todoterreno al colegio ni les llevan la mochila hasta la puerta. Jackson (Kenia) recorre 15 kilómetros, dos veces al día, a través de la sabana. Samuel (la India) hace 4 en su silla de ruedas, ayudado por sus compañeros. Carlitos (Argentina) cabalga 18 kilómetros por la Patagonia cada mañana. Y Zahira (Marruecos) camina cada semana 22 para trasladarse al internado donde estudia.

Competencia global

Luri subraya que nuestros hijos tendrán que competir en un mundo global con los jóvenes de culturas donde no se pasa de curso sin aprobar, que confían en el trabajo duro como medio de ascenso social. «El fenómeno de las madres tigre asiáticas es muy interesante. Nos sentimos moralmente superiores, pero muchos de nuestros hijos tendrán que presentar el currículum a un señor oriental que los seleccionará por lo que saben hacer, y no por su capacidad para abrazar árboles», recuerda.

«La infancia es un concepto flexible y uno es niño mientras le dejan serlo. Enfrentarse a las dificultades les hace madurar», reflexiona María García Amilburu, experta en Antropología de la Educación. A

cada edad le corresponden unos retos y los riesgos deben ser controlados. «No puedo mandar a un adolescente a que espabile a Siria, pero si unos meses a Inglaterra –añade–. En los países ricos muchos padres creen que todo se soluciona con dinero. Pero en la vida hay muchas cosas que no se arreglan así. Y el dinero puede faltar algún día».

Por otro lado, la sobreprotección es más sencilla cuando abundan los medios, pero no es exclusiva de las clases medias y altas: los casos de agresiones a maestros que 'le tienen manía al niño' y las trifulcas entre madres en los grupos de WhatsApp se dan en todos los estratos sociales. Y no es raro ver a chicos de familias humildes luciendo el último 'gadget' tecnológico o llevando como merienda al cole chucherías mucho más caras que un bocadillo o una manzana.

Gregorio Luri va más allá: los padres de alto nivel educativo dedican mucho más tiempo a la formación intelectual de sus hijos a través de libros, actividades culturales, espectáculos, museos, clases extraescolares y viajes. «Esa formación es esencial –subraya–. Pero también lo es que puedan hacer sus trastadas sin la supervisión de un adulto. Un niño que no ha tenido la oportunidad de romperse un brazo no ha tenido infancia».

30%

de los niños españoles de 6 a 12 años ordenan los juguetes de su habitación, el 23% pone la mesa y el 16% la recoge, y el 20% hace su cama, según una encuesta realizada entre 17.662 chavales por Aldeas Infantiles. El 3% nunca hace nada.

Papá, tráeme el tenedor

Las antropólogas norteamericanas Elinor Ochs y Carolina Izquierdo realizaron un estudio comparativo sobre la participación de los niños en tareas domésticas en diferentes culturas: Los Ángeles, el Amazonas peruano y una isla de Samoa. Observaron que, mientras los pequeños

machiguenga eran capaces de barrer, pescar en el río y cocinar para la comunidad sin que nadie les dijera nada, muchos chavales californianos protestaban cuando se les pedía colaboración. «¿Cómo se supone que voy a comer así?», espetó una niña de 8 años a la que se habían olvidado de ponerle el tenedor en la

mesa. El padre se levantó sin rechistar para traérselo. «El trabajo en casa fortalece no solo la responsabilidad social, sino también la responsabilidad moral de los niños, al ayudarles a adquirir conciencia y sensibilidad hacia las necesidades de otros», concluyeron las investigadoras.

78%

de los jóvenes españoles de 16 a 29 años residen con sus padres. Se aducen razones económicas –la alta tasa de paro juvenil y los bajos salarios atrasan la emancipación–, pero también pesa la dependencia vital de muchos hijos respecto a sus familias.